

das promesas de orden, libertad y progreso, ofrecidas por los invasores, no eran otra cosa que *música celestial*.

La misma *Estafeta*, identificada tan íntimamente con los proyectos de Napoleón, desaprobó el rigor inconsciente y bárbaro desplegado por Forey en contra de una población, "cuyas ruinas, dijo, aplastarían á tantos inocentes como culpables," y aconsejaba como medida humanitaria, oportuna y conveniente para pacificar las provincias rebeldes, la implantación del sistema romano, consistente en trasladar á Tlálpam familias de los indígenas de los alrededores, á las que se les daría el goce de las tierras y casas quitadas á los culpables, "quienes irían á expiar en otra parte, por medio de trabajos forzados en los caminos ó ciudades, sus crímenes anteriores y sistemática hostilidad."

Menos cruel que el anterior mandato, aunque revelando la expresión del más puro despotismo, propio de otras épocas que la civilización ha venido á destruir, la opinión pública juzgó impracticable, el sistema propuesto por Barrés, y por lo tanto, de imposible realización.



CAPITULO XXXV.

Ligeros apuntes biográficos del Archiduque Maximiliano.—Juicio crítico acerca de este personaje, emitido por el abate Domenech y por el ilustrado escritor francés E. Masseras.—Cambio notable en los proyectos de Napoleón.—Despacho del Ministro de Negocios Extranjeros á Forey.—Los caudillos liberales Comonfort y Doblado.—Lo que se dijo acerca de la conducta política de estos ciudadanos.—Su vindicación.—Consejo sabio, previsor y patriótico dado á Napoleón por el distinguido orador Julio Fabre.—Carta de Forey al Emperador.—Retirada del Ministro Saligny y del Mariscal Forey.—Comentarios y apreciaciones formulados por la prensa nacional y extranjera.—Queda Bazaine con el mando del ejército francés, y con el de la diplomacia el Marqués de Montholon.—Disgusto de Napoleón por la conducta de esos sus dos servidores.—Juicio de Arrangoiz acerca de Forey y Bazaine.—Apreciaciones de *La Sociedad* y del Prefecto García Aguirre, relativas á los empleados salientes.—Última proclama de Forey, despidiéndose de los mexicanos.—Otra id. de Bazaine.—Instrucciones que éste recibe de su Gobierno.—Comentarios acerca de ellas.

En su oportunidad y al referir los pormenores todos de la proclamación, hablamos como por incidencia del nuevo Monarca, tan desconocido de nuestros compatriotas: al empezar la tercera parte de esta Obra, parte que destinamos á la narración de los sucesos acaecidos durante el Imperio, trataremos extensamente del Archiduque y de todo lo concerniente á su aceptación del Trono, limitándonos por hoy á dar algunos apuntes biográficos acerca de esa personalidad, tomados de la noticia que publicó en Europa el mencionado Gutiérrez Estrada desde el año 1861, haciendo de paso algunos comentarios.

Fernando Maximiliano, hermano del Emperador actual de Austria, Francisco José, é hijo del Archiduque Francisco Carlos y de la Archiduquesa Sofía, nació en el Palacio de Schönbrunn el 6 de Julio de 1832.

Destinósele á la marina é hizo frecuentes viajes por Europa y otros países, sin descuidar el estudio de los clásicos, con lo que aumentó el caudal de sus conocimientos.

A los 18 años visitó Grecia, Italia, España, Portugal, la Isla de Madera, Tánger y Argelia; en 1854 exploró el litoral de la Albania y de la Dalmacia, y después de permanecer un corto tiempo en Viena, por motivo de su nombramiento para el mando superior de la marina, que recibió entonces muchas mejoras, salió de Trieste el verano de 1855 y visitó á Candía, Beyruth, el Monte Líbano y recorrió las históricas costas de la Palestina.

El año de 1856 lo empleó en excursiones por la Alemania Septentrional, Bélgica y Holanda, después de haber visitado Francia y recibido la brillante hospitalidad de Napoleón 3º en Saint-Cloud, quien, al decir del biógrafo, lo hizo objeto de sus atenciones y particular estimación.

En 1857 recorrió las risueñas y animadas orillas del Rhin, visitando sus principales poblaciones; después la Lombardía y la Italia Central; pasó á Inglaterra y de allí por segunda vez á Bélgica, en donde se casó con la princesa María Carlota Amalia, hija de Leopoldo I, rey de los belgas, y de la princesa Luisa de Orleans.

Poco después partió para Sicilia, el Mediodía de España, las Canarias y Madera, embarcándose para el Brasil.

Los conocimientos adquiridos le granjearon cierta reputación, y en virtud de ella su hermano le confirió el gobierno político y militar del Reino Lombardo-Veneto, cargo que desempeñó dos años y en el que se hizo notar por su espíritu ilustrado y conciliador.

Refiérense varias mejoras que introdujo, así en lo político como en lo administrativo, y el establecimiento de mejoras materiales de reconocida utilidad pública y vital importancia.

El personal del Archiduque era trazado en los siguientes términos: "Una frente espaciosa y pura, indicio de una inteligencia superior; ojos azules y vivos, en que brillan la penetración, la bondad y la dulzura: la expresión de su semblante es tal que nunca se puede olvidar: el alma se refleja en su rostro; y lo que en él se lee es lealtad, nobleza, energía, una exquisita distinción y una singular benevolencia."

Completa el retrato la circunstancia de que todos los días se levanta

á las cinco de la mañana; que hablaba seis lenguas y que había escrito varios libros, inéditos aún, en que había pagado tributo á la poesía.

"Pintar es como querer," y aquí "sí fué león el pintor," pues Gutiérrez Estrada, uno de los principales corifeos de la traición, según lo hemos podido ver en el curso de estos apuntamientos y continuaremos mirándolo en lo que resta por publicar, absorto en muda contemplación y lleno de asombro ante su ídolo, se extasiaba haciendo de él un hombre perfecto, un genio privilegiado á quien se complacía en adornar con cuantas virtudes y méritos le sugería su acalorada pero *agradecida* fantasía, sin tener en cuenta que tras de esas tan brillantes descripciones se encubrían defectos gravísimos, que hacían incapaz á su hombre de poder desempeñar cumplidamente el alto puesto que le había señalado la Intervención.

El abate Domenech, su íntimo amigo, que sustituyó á M. Eloin en su influencia cerca de los soberanos, y que formó parte del llamado Gabinete particular del Emperador, ha dicho en su "Historia de México" que al fijar su elección en el Archiduque Maximiliano para el trono de México, se imaginó Gutiérrez Estrada que las cualidades del príncipe bastaban para regenerar al país é imponerle un gobierno estable y fuerte. "Fué un error, agrega; no se podía ni regenerar al país ni darle un gobierno fuerte con un príncipe débil; y desgraciadamente, este príncipe era de una extrema debilidad de carácter: fuera de sus ilusiones y sus debilidades de carácter, no era el príncipe el hombre de la situación."

Otro escritor, que lo mismo que el abate conoció perfectamente á Maximiliano, formulaba el siguiente juicio:

"La reputación de tacto y de sentido político conquistado por el Archiduque Maximiliano durante su administración en Italia, gracias á un feliz conjunto de circunstancias, gracias, sobre todo, á un consejero del más alto valor, había hecho perder de vista los errores de una juventud un tanto borrascosa y de una existencia muy deshilvanada.

"Cualidades exteriores de verdadero atractivo, una inteligencia viva, una gran facilidad de palabra, una amenidad superficial de relaciones, acababan de causar ilusión sobre la solidez del carácter que debía encontrarse bajo aquellas felices apariencias. Sin embargo,

apenas se puso en obra, entregado á sí mismo y dueño absoluto de sus acciones, cuando apareció un hombre muy diferente de aquel á quien se creyó poder confiar la tarea de fundar un imperio.

“Ligero hasta la frivolidad, versátil hasta el capricho, incapaz de encadenamiento en las ideas como en la conducta, á la vez irresoluto y obstinado; pronto á las aficiones pasajeras, sin apegarse á nada ni á nadie; enamorado, sobre todo, del cambio y del aparato, con grande horror á toda clase de molestias; inclinado á refugiarse en las pequeñeces para sustraerse á las obligaciones serias, comprometiendo su palabra y faltando á ella con la mayor inconsciencia; no teniendo por último, más experiencia y gusto de los negocios que sentimiento de las cosas graves de la vida, el príncipe encargado de reconstituir á México era, bajo todos aspectos, diametralmente opuesto á lo que habían exigido el país y las circunstancias.¹”

Y si lo anterior no fuera suficiente para dar la medida del carácter y demás circunstancias que concurrían en el Archiduque, el estudio concienzudo y reposado de su efímera y trágica dominación en México corrobora y ratifica lo aseverado, á lo que hay que agregar, para el cabal conocimiento de los hechos que se estaban verificando, el cambio que se había operado en el ánimo de Napoleón, á quien el tiempo transcurrido desde que se inició la Intervención, lo había convencido de lo deleznable y arriesgado de la empresa y de la nulidad é impotencia del partido conservador; por lo tanto, decía á Forey con fecha 5 de Junio, por conducto del Ministro de Negocios extranjeros, antes de saberse la toma de Puebla, aunque ya se presentía, lo siguiente, que extractamos de una extensa nota:

..... “No hemos disimulado nunca, decía el Ministro, los sentimientos que nos inspira la administración de Juárez; no hemos ocultado que no creeríamos poder negociar con él, y nuestras disposiciones no han variado; pero nuestros compromisos no van más allá de la prosecución de nuestros derechos y del apoyo que hemos prometido eventualmente dar á las tentativas dirigidas contra el actual Gobierno. No tendríamos objeción para entrar en relaciones con un poder nuevo que tuviese el asentimiento del país, y se prestase á tratar sobre las bases de las indemnizaciones y de las garantías de interés

¹ E. Masseras.—Un ensayo de Imperio en México, cap. II.

general que tenemos motivo para reivindicar. A nuestras demandas anteriores no queremos agregar la estipulación de ninguna ventaja exclusiva, fuera de los gastos de guerra que la extensión de nuestros sacrificios nos obliga á reclamar.....”

“Nuestro deseo sería, pues, que el hombre con quien tratarais de poneros en relación, fuese en lo posible apto para emprender esta obra de conciliación, y hubiese recibido previamente de la nación misma, bajo una forma cualquiera, aun provisional, el poder de tratar. Podría suceder que fuera necesario buscarle entre los mismos Jefes y Oficiales que, engañados por su patriotismo, creen servir la causa nacional llevando las armas contra nosotros. No os rehusaréis á sondear sus disposiciones porque estuviese ahora en las filas de nuestros adversarios.....”

“Estas consideraciones, repito, quedan subordinadas á las exigencias de vuestro honor militar, lo mismo que de la situación general de que sois el mejor juez; pero S. M. ha pensado que después de la toma de Puebla y de la saludable impresión que habrá debido producir, os veríais en estado de provocar la formación de un Gobierno, con el cual pudiéramos negociar sobre las bases que he recordado.....”

“Si, pues, necesidades superiores y que no podríamos prever á la distancia en que estamos, no se oponen, la intención del Emperador, cuyas órdenes he tomado sobre este asunto, es que, á reserva de seguiros preparando para continuar vuestra marcha, os aprovecharéis del momento de reposo que siga a la caída de Puebla, para hacer en el orden de ideas que acabo de indicaros todo lo que fuese honroso y posible. Nosotros hemos ido á México para reclamar satisfacciones determinadas. Después de un brillante triunfo militar podemos aceptar las de un Gobierno que no sea el de Juárez, y si entrevéis los elementos para ello, no debéis descuidar nada para sacar partido de la manera más conforme al deseo del Gobierno del Emperador, de poner fin á las hostilidades al punto que nuestra dignidad nos lo permita.¹”

Como se ve, el cambio, repetimos, operado en Napoleón, era muy notable y de alta trascendencia, pudiendo decirse en virtud de esa variación y sin temor de emitir un juicio apasionado ó erróneo, que

¹ México á través de los siglos, tomo V, pág. 608.

lo que se quería era salir honrosamente del paso, y que si las instrucciones anteriores hubieran llegado antes de la declaración de la "Junta de Notables," el Imperio habría naufragado y las cosas hubieran tomado un giro muy distinto.

En uno de los libros que se han publicado acerca del reinado de Maximiliano, "L'Intervention française au Mexique," se consigna la especie de que Bazaine, nombrado para sustituir á Forey en el mando del ejército expedicionario, obrando de acuerdo con las instrucciones que anteceden, trató de atraerse á los caudillos republicanos Doblado y Comonfort, á fin de integrar con ellos el llamado poder de la Regencia.

Ignoramos hasta qué punto sean exactos los anteriores informes;¹ pero en lo que sí no cabe duda es en que Napoleón se hacía el cálculo ilusorio de poder tratar con cualquier Poder que contase con el asentimiento nacional y estuviese representado por todos los partidos políticos; pero á la altura á que había llegado la situación, el único modo que se prestaba para dar fin á aquella desastrosa lucha era tratar única y exclusivamente con el Gobierno legítimo, reconocido y acatado por toda la Nación.

¹ El espíritu de partido, ó más bien, la maledicencia que nada respeta, se ocuparon en estos días, de los ciudadanos mencionados, asegurando que se hallaban en inteligencias con el invasor.

Con referencia á Doblado, en el capítulo XXXII hemos dicho lo conveniente, en nuestro concepto, acerca del particular: hemos insertado los párrafos principales de un Manifiesto expedido por el antiguo Gobernador de Guanajuato, documento que vino á ser su profesión de fe en la tremenda lucha que estaba sosteniendo la Nación; y consecuente con esos principios, expresados tan valientemente, continuó defendiendo con tezón y actividad la noble causa de la independencia; y después de la batalla de Matehuala en que sus tropas fueron derrotadas, se retiró á los Estados Unidos, donde murió el año 1865, en medio de la estimación y atenciones que le prodigaron los miembros del partido liberal mexicano, que residían entonces en la ciudad de Nueva York, la gran Metrópoli americana, y que reconocían que el finado poseía grandes virtudes.

Por lo que hace á Comonfort, su trágica y sentida muerte acaecida el mes de Noviembre de 1863, defendiendo la incolumidad y el decoro de la patria, es el mentís más completo que pudiera darse á sus detractores, que en mala hora y con aviesas miras trataron de mancillar la fama de leal y buen mexicano del ilustre caudillo de Ayutla, quien, como es sabido, pereció en una emboscada que le pusieron odiosos y viles asesinos.

En su oportunidad volveremos á hablar de estos dos caudillos, relatando algunos episodios de su vida, y refiriendo los términos y modo en que tuvo verificativo su sensible fallecimiento.

Un año hacía que Julio Fabre daba al Gobierno imperial este consejo, tan oportuno como prudente: *trata y retiraos*; pero la voz del elocuente tribuno fué ahogada entre el rumor de la adulación; y más tarde los sucesos confirmaron la sabiduría de esta suprema indicación, viéndose al fin obligado el ejército francés, en virtud de otra voz más autorizada, la de la *necesidad*, á arriar su bandera y á retirarse avergonzado de un país en el que dejó tristes recuerdos, por los males sin cuento que le ocasionó el despotismo y la ambición de un sátrapa coronado.

Entretanto, Forey dirigía una carta á su Emperador, por medio de la cual, y con sus exageraciones de costumbre, pintaba á su modo una situación color de rosa, pues aseguraba muy ufano, "que aunque la mayoría de los Estados no había dado su adhesión al voto de la "Asamblea de Notables," esa adhesión podía considerarse como efectiva, pues que para convencerse de ello no había más que ver que donde los soldados de Juárez dejaban el puesto á los de la Intervención, las poblaciones, libres y sin temor, venían hacia los invasores, con entusiasmo, y su adhesión, sin pedírsela, no se hacía esperar."

Que los pueblos la acogían con felicidad y los cubrían de flores; que el número de localidades que reconocían la monarquía, cada vez y sin presión alguna iba aumentando considerablemente, pudiéndose asegurar que el día que los soldados franceses aparecieran en el Interior, donde se les llamaba como libertadores, "todo el país, con raras excepciones, *aclamaría al nuevo Gobierno y á su augustó jefe*."

A principio de Agosto se recibió en México la noticia de que el Gobierno francés retiraba de dicho país á Saligny, al hombre funesto que tan ingratos recuerdos dejaba en éste, por el encono y la zaña que había desplegado en contra de nuestra patria, durante la época azarosa que estamos describiendo.

Casi al mismo tiempo, Forey, elevado á la categoría de Mariscal de Francia, fué relevado en el mando por Bazaine, el cual recibió también los poderes políticos, y entró en el ejercicio de sus funciones el mes de Octubre.

Del primero se dijo, como justificante de esa providencia, que siendo el mariscalato un puesto muy elevado, no correspondía á esa

dignidad el mando de un simple cuerpo de ejército; y que una vez tomada Puebla, creyóse que se le llamaba á la Corte para que disfrutara del descanso y la gloria que acababa de conquistar por medio de esa campaña memorable, y con el acierto y pericia que se dijo había desplegado, para establecer las bases de la regeneración social y política de México.

Respecto de Saligny, la *Estafeta*, que aparecía siempre perfectamente informada de estos asuntos, aseguró que el Ministro susodicho, de mucho tiempo atrás había solicitado del Gabinete de las Tullerías una licencia para separarse del servicio; acto que se juzgó sencillísimo en razón de que, debiendo ser la acción militar no sólo preponderante sino exclusiva, la presencia del diplomático en cuestión venía á ser casi inútil.

Accedióse á su deseo; mas habiendo llegado á México esa autorización en los momentos en que la Capital era ocupada por el ejército de la Francia, la misión diplomática recobraba toda su importancia, y no admitía ni trámites ni demoras su acción política; así, pues, aunque existía la resolución aludida, Saligny fué obligado, en virtud de circunstancias imprevistas, pero de un carácter trascendental, á permanecer en su puesto, prosiguiendo la política que se le tenía encomendada y de la que él había sido y era el eje principal.

En vista de tal situación, la *Estafeta* se preguntaba: ¿es irrevocable tal medida? ¿es definitivo este relevo? ¿podrá decirse que la política observada por el Ministro de Francia sea desaprobada, y que las modificaciones sobrevenidas asumiesen la inauguración de una nueva política?

Y después de entrar en otra serie de consideraciones pertinentes al caso, concluía así:

“Nos hemos comprometido y no podemos desdecirnos. Retroceder hoy sería renunciar á nuestra influencia en el Nuevo Mundo, y confesar nuestra impotencia ante la Francia y ante Europa. Hay empresas que una vez acometidas deben ser llevadas á término, so pena de enterrar en ellas la honra, el crédito y la fortuna pública. ¿En qué términos se daría cuenta en la tribuna de los millones gastados y perdidos para siempre? No hay sino un modo de salir de la cuestión mexicana con honor y provecho, y es el de perseverar en ella y llevarla á cabo sin desaliento.....”

Decretado, pues, el retiro de estos dos personajes, en sustitución del primero quedó el General Bazaine, que *dizque* poseía la estimación del ejército y las simpatías de los franceses residentes en la nación, y del que se esperaba llevaría á buen término la obra emprendida, y en reemplazo del segundo, se envió al Marqués de Montholon, que desempeñaba el alto puesto de representante de Francia en los Estados Unidos del Norte.

La Regencia, el Ayuntamiento de la Capital y otras corporaciones de la misma, elevaron muchos ocurros á Napoleón, pidiéndole la conservación de su Ministro en Mexico; y “La France” dijo que Saligny iba á Francia “porque debiendo ser la cuestión mexicana un objeto de negociaciones entre las principales potencias de Europa, el Gobierno francés deseaba aprovechar los conocimientos que sobre los asuntos mexicanos tenía el diplomático francés.”

El Cronista de México, manifestaba que sería una desgracia para el país, que un Ministro como Saligny, tan inteligente é instruido, que había comprendido bajo su verdadero aspecto la cuestión mexicana, y que contra viento y marea había logrado traerla al terreno de una buena solución en el sentido del bienestar y de la pacificación del país, tuviera que dejar la dirección de tan grave negocio en manos de otro diplomático que sin los conocimientos de Saligny tropezaría con graves inconvenientes, que nulificarían su acción.

Sin embargo, Napoleón no estaba contento de la conducta observada por estos dos de sus servidores, no obstante que estos creían haber hecho lo bastante con la proclamación de Maximiliano, noticia que suponían sería recibida con júbilo en las Tullerías; pero esa creencia era un error, pues la remoción, según consta de las instrucciones dirigidas á Bazaine, reconocía por origen el disgusto ocasionado por la lentitud con que habían sido conducidas las operaciones militares, y por las medidas políticas concertadas entre el General en Jefe y el Ministro de Francia.

En cuanto á la declaración de la monarquía, ya hemos visto en la transcripción que llevamos hecha en lo conducente, de la nota respectiva, que Napoleón, veleidoso y descontentadizo, quería tratar con cualquier Poder que se estableciera en México, excepto el de Juárez, para dar término á la situación.

“Fué una gran desgracia, dice Arrangoiz, la elección de los Gene-